

El 27 de Febrero Ignorado

Un Ensayo Interesante, y Algo Mas Acerca del 27 de Febrero de 1844

Por el Dr. ALCIDES GARCIA LLUBERES

En un voluminoso libro manuscrito, de puño y letra de Félix María Del Monte, y contentivo de trabajos de éste, entre los cuales había, dicho sea de pasada, varios sermones del mismo, compuestos para que los recitaran no sabemos qué legos frequentadores del púlpito, copiámos hace tiempo, en vida de su avara dueña y guardiana, la inteligente hija de don Félix, Mercedes Del Monte y Echavarría, *Reflexiones Históricas sobre Santo Domingo (Párrafos)*, que publicamos en parte en el diario *La Opinión*, del 3 de agosto de 1927, Núm. 174, Año I. Dicho fragmento fué reproducido seis años después, en el Núm. 12, del 24 de septiembre de 1933, Año I, de la revista *Analectas*; pero sin la abreviatura *NN. del C. (Notas del Copista)*, que colocamos al pié de aquellos breves comentarios. Más tarde lo publicó *Clío*, órgano de la Academia Dominicana de la Historia, en su Núm. 88, de Septiembre-Diciembre de 1950, Año XVIII, con las iniciales del autor de estos renglones, debajo de las consabidas apostillas. Hoy transcribimos *in extenso*, sin quitar ni poner palabra, ni punto, ni coma, el interesante ensayo.

Lástima que el gallardo expositor de ideas tan patrióticas, faltara a su juramento de sincero y acendrado duartista, durante la orgía antinacional, en pro de la Anexión del país a los Estados Unidos, desatada en ese malhadado período de nuestra Historia que se denomina de los Seis Años; pero dicho sea en honor de la verdad: el autor de las *Reflexiones Históricas sobre Santo Domingo (párrafos)*;



del *Discurso Leído* (en honra de Juan Pablo Duarte) desde el *Balcón de la Casa Consistorial de Esta Ciudad*, el 27 de febrero de 1884, día de la Apoteosis del Libertador, y de la *Necrología — Juan Pablo Duarte*, que todos nos sabemos de memoria, se arrepintió tanto del desaguisado cometido, que el *Último Año de Báez* no pudo sacarlo de su hogar, pues ya “se había retirado para siempre de la política, apartándose también, por cálculo, del trato de los hombres, con quienes vivía en paz; pero de cuyas pasiones e intereses no participaba, deseando solamente bajar al sepulcro *fiel a la consigna de su primera juventud, esto es: Separación! Dios, Patria y Libertad, República Dominicana!*” (palabras textuales, y postreras o últimas, del propio Del Monte, en el solemne discurso a que nos hemos referido). ¡Félix María Del Monte y Fernández de Castro murió, pues, gracias a las buenas semillas que había sembrado en su alma el Gran Maestro Caudillo del 38, del 44 y del 64, en olor de santidad patriótica o duartista!

Pero si bien es credero, por varias circunstancias, que Del Monte fué un trinitario de la más auténtica, pura y troncal cepa, no debió, al evocar la consigna política y patriótica de sus años juveniles, emplear la palabra *Separación*, que fué usada por primera vez en el Manifiesto del 16 de Enero de 1844 por Tomás Bobadilla, su autor, antiguo empleado de los haitianos. y con quienes compartió su vida durante mucho tiempo en la más perfecta compadrería. El *lema sacrosanto* de nuestro Libertador, al acometer su primada, gigantea y genial obra revolucionaria, divisa o empresa que constituye hoy también la de nuestro Escudo y la de la República, era pura y sencillamente *Dios, Patria y Libertad, República Dominicana*: como consta en el Juramento de los Trinitarios; en el Art. 6o. de la Constitución de Duarte; en la carta que éste le escribió al mismo Del Monte, desde la Ciudad del Avila, el 2 de mayo de 1865; en la epístola. más mensajera y significativa todavía, que el Libertador le escribió desde esa misma Cuna de Bolívar, el 29 de octubre de 1869. al entonces naciente historiador nacional José Gabriel García etc. etc.

En ausencia de Duarte, Ramón Mella, el hombre que fué a Haití a pactar con *Charles Herard Ainé* la unión para La Reforma, comprendió la necesidad de celebrar una alianza con los conservadores para proclamar la República, y *motu proprio* procuró y alcan-



zó la nueva y urgente liga. De aquí que antes que Mella pudiera redondear su plan, que todos aceptaron después, Vicente Celestino Duarte y Francisco Sánchez, los dos delegatarios con quienes el Jefe de la Revolución se comunicaba directa y principalmente, dudaran de la lealtad de Mella, en la célebre carta que le escribieron a Juan Pablo el 15 de noviembre de 1843: “Ramón de Mella se prepara a ir para allá aunque nos dice que va para *Saint Thomas* y no conviene que te fies de él, pues él es el único que en algo nos ha perjudicado nuevamente por su ciega ambición e imprudencia”. Y gracias sobre todo a este activísimo denostado el 27 de Febrero fué.

El plan de Francisco Sánchez y de Vicente Celestino Duarte, para proclamar la República, es el expuesto en la conocida carta de éstos a su Jefe, de fecha 15 de noviembre de 1843. De conformidad con dicho plan, “Duarte debía llegar el 9 de diciembre del mismo año frente al puerto de Guayacanes, en un barco cargado de armas y municiones. Ellos irían a la costa a esperarlo. Vicente Duarte, cuyo valor fué encomiado por Luperón, era práctico por aquellos lugares y tenía ascendiente sobre sus habitantes. Una vez Juan Pablo en tierra, comenzaría, o continuaría con más fuerza la Revolución”. La sabia combinación, que tan brillantes consecuencias tuvo, de comenzar el alzamiento en la Puerta del Conde de nuestras murallas occidentales, y de apoderarse inmediatamente después de toda la ciudad, y de hacer la guerra con las armas y municiones que estaban en poder de los haitianos, nació del acercamiento del “iniciador del Cibao en los secretos de la revolución de la independencia” a Bobadilla y otros conservadores. Mella se resolvió por fin a llevar el mensaje de Duarte a sus demás compatriotas, y tirios y troyanos lo aceptaron solícitos y gustosos, sin distinción de clases sociales, ni de antiguas y más o menos bastardas pintas políticas o banderizas. Felipe Alfau, tan acremente censurado como Mella, en la mencionada carta del 15 de noviembre, fué uno de los más decisivos cooperadores a la magna obra de la redención nacional de Febrero. Firmó el Manifiesto del 16 de Enero, y como Coronel de la Guardia Nacional aseguró la adhesión de esta fuerza armada entera al movimiento emancipador, encabezando ella las tropas que acompañaron a la *Junta Central Gubernativa* cuando entró por la monumental Portada de González Torres a tomar posesión de la Fortaleza y a completar la de la Plaza. Por consideración a Desgrotte, Alfau no



entró en la Fortaleza a la cabeza de la *Guardia Nacional*; sino después de ella. A poco salió de allí Alfau para batirse como un esparciata al lado del Jefe de su nuevo bando, de Pedro Santana, en la batalla del 19 de Marzo de 1844; para combatir con heroísmo al haitiano, conjuntamente con Antonio Duvergé y Juan Cherí Victoria, en las alturas del Memiso, combate entre montañas en que a falta de pertrechos arrojámos sobre el enemigo hasta mortíferos pedrejonos. Luego salvó, en medio de los mayores peligros, de una turba de macheteros seibanos, con su desnudo y reluciente acero, la preciosa vida del belicosísimo Juan Isidro Pérez, su antiguo compañero en la Trinitaria, y su muy querido y consideradísimo amigo de siempre. En el combate mayor de Cachimán compartió los lauros de la victoria con el bizarro Antonio Duvergé. En 1845 también, debeló valerosamente la insurrección, sospechosa de antinacional, de los africanos de la sección de Santa María. Y el “apoderado general y especial para que en su nombre y representación entendiese en todos sus negocios presentes y por venir”, instituido en la “casa de arresto” por Vicente Duarte, antes de salir éste expulso en 1844, se llenó de gloria igualmente en la campaña contra Haití de 1856, como asesor estratégico de los militares cibaños que triunfaron en Sabana Larga. Con fecha 5 de mayo de 1844, le escribió Santana a Bobadilla desde el Cuartel General de Baní: “El portador de ésta, coronel Alfau, le dará a Ud. más amplios detalles sobre la materia. El pasa a Santo Domingo con licencia por tres días a ver su familia, y espero que después de este término me lo haga Ud. marchar para este cantón, como igualmente al capitán Abad, su hermano, y al Comandante Pedro Pina, siéndome estos tres oficiales de toda necesidad aquí”. Con seguridad que Santana trató a Pina cuando éste estuvo con la división del General Duarte en el Cuartel General de Sabanabuey, le agradaron su inteligencia y actividad y quiso atraérselo. Vano empeño de Santana: el irreductible Pina y García era auténtico *alter ego* de Duarte y Díez, como lo fué Efestión de Alejandro el Grande.

El 3 de marzo de 1844 le escribió el Cónsul Saint-Denys a Guizot, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia este último, una carta acerca de nuestro 27 de Febrero de 1844, que es una de las mejores fuentes históricas respecto de tan trascendental y resonante hecho. En dicha epístola hemos leído: “. . . y, como lo habían anun-



ciado (los conjurados), la señal fué dada a las 11 de la noche por un tiro de fusil disparado al aire (1). Media hora después la Fortaleza respondió con dos cañonazos disparados en señal de alarma.

“Desde el primer disparo, una muchedumbre de familias alarmadas vino a ponerse bajo la protección del pabellón francés... “La Guardia Nacional de la ciudad hubiera podido fácilmente apoderarse desde los primeros momentos del arsenal, defendido solamente por unos 60 soldados (únicos, únicos hombres de que disponía Desgrotte, dice Saint-Denys en otra parte de su carta, el 28 de Febrero de 1844) mal armados y poco disciplinados. Pero queriendo de corazón evitar toda efusión de sangre, prefirió conformarse con su primer éxito: había olvidado decirle, Señor Ministro, que ella hacía causa común con los insurgentes.

.....

“Según los convenios de la víspera, el 29 de febrero a las 8 en punto de la mañana, el General Desgrotte, a la cabeza de todo su estado mayor, me esperaba en la puerta de la Fortaleza. Los miembros de la Junta, a la cabeza de la Guardia Nacional y de tropas numerosas que habían llegado de fuera durante la noche (entre éstas las que trajo de Jaina el bravo Baltasar Alvarez), esperaban igualmente mis órdenes para ir a tomar posesión de la Fortaleza. Las encontré formadas en línea de batalla en la Plaza de la Constitución (hoy Plaza de Colón), y en un orden perfecto, en el momento en que me dirigía a la Fortaleza”. Al igual que Felipe Alfau, Esteban Roca y Manuel de Regla Mota, Coroneles de la Guardia Nacional en San Cristóbal y en Baní respectivamente, nombrados también por Riviere, cooperaron con sus cuerpos militares *in solidum* al triunfo de la magna idea de sacudir el yugo haitiano.

Pero seamos más explícitos respecto de Felipe Alfau, uno de los nueve duartistas fundadores de la Trinitaria. Después, por H o

(1) Estas dos menciones acerca del tiro que sonó a las once *post meridiem* del 27 de Febrero de 1844, hechas por el Cónsul Francés Saint-Denys, testigo irrecusable de aquellos acontecimientos, son una segura confirmación de lo que siempre se ha dicho: que la señal anunciadora del alzamiento fué ese súbito disparo. Y una tradición uniforme, y constante, y fervorosa. al respecto, nos dice y afirma sin ningún género de duda que el puntual, intrépido y dominicanísimo trabucaire de tan memorable noche fué el atrayente e ilustre Ramón Matías Mella.



por R, penuria económica quizás, desavenencias con algunos compañeros, o “fingimiento de fidelidad al nuevo amo”, ya que a la postre cumplió con su deber de manera sobrada y gallarda, se separó de los trabajos revolucionarios; pero sin delatar a nadie ni nada, sin incurrir en traición. Rosa Duarte, después de la Anexión Española, influida por la participación preponderante de Alfau en ésta, dijo acerca de él algunas cosas inexactas e injustas. La falta de buena información hizo que hasta le quitara a Felipe la gloria de haberle salvado la vida, el 15 de julio de 1844, a Juan Isidro Pérez, y se la adjudicase a su hermano Abad. No: de esa hazaña de espadachín, y del *Ingenioso Hidalgo* al mismo tiempo; de ese esclarecido lance o brete, el de más alto relieve caballeresco en todo el accidentado y bélico 1844, el dueño señero y señoril fué Felipe Alfau y Bustamante. Lo testifica el Cónsul Francés Saint-Denis, testigo mayor de excepción de los acaecimientos que ocurrieron en esta ciudad desde el 27 de Febrero de 1844, y quien reclama para sí parte del mérito de tan honroso y varonil paso. Con éste sólo corre parejas el del Comandante y toda la tripulación del bricbarca de guerra francés *L'Euryale*, al variar su línea de rumbo, y desembarcar en las costas de Puerto Plata a su singular pasajero Juan Isidro Pérez, debajo de la irresistible presión de éste, pues a aquellos conmovidos marineros no les era indiferente que Pérez, con quien se habían encariñado muy mucho, quedara submerso para siempre en las agitadas aguas atlánticas de nuestro litoral norte, si no se le permitía poner pie en su tierra nativa, por la cual había luchado tanto, y correr a unir su suerte con la de su jurado y amadísimo Caudillo, sobre quien se cernían en aquel momento, como fantásticas, gigantescas y tenaces águilas negras, certísimas amenazas de muerte...

Es error de tomo y lomo, como hemos dicho varias veces, el empleo del término *febrerista* cual sinónimo de *trinitario* o *duartista*. *Febrerista* es en puridad de verdad todo compatriota que contribuyó más o menos importantemente a la proclamación y consolidación de la Independencia Dominicana (aunque esta última no fuese ya la primitiva, absoluta y pura predicada por Duarte), como consecuencia de la combinación revolucionaria que se puso por obra, asombrosa y simultáneamente, el 27 de Febrero de 1844, en la antigua e ilustre ciudad de Santo Domingo y en la prestante villa de Santa



Cruz del Seibo. El territorio intermedio, el de San José de los Llanos, o de los Llanos Arriba, había sido catequizado total y admirablemente, por dos hijos de adopción de la comarca: por el Pbro. Pedro Carrasco y Capeller y por Vicente Celestino Duarte; así fué que se dió por pronunciado el pueblo desde el 27 en la tarde. Soy de los que sostienen la tesis, serena y atinadamente, que ni Mella, quien fué hombre de Febrero en más grande manera que Sánchez, se merece más el mencionado nombre de la desinencia *ista*, connotativa de secta, a que nos referimos, que Tomás Bobadilla y que Pedro Santana. Dice José Gabriel García en la pág 226 del volumen segundo de su *Compendio de la Historia de Santo Domingo*: "Porque aceptada la combinación por todos los comprometidos (la del 27 de Febrero), incluso los Santana, José Familias, Matías Moreno y otros hombres importantes de los pueblos, sobre quienes ejercía Bobadilla particularmente el ascendiente que Sánchez, Mella, Jimenes, y Puello venían teniendo sobre los más etc." Pues ese aviso secreto que le envió Bobadilla a Pedro y Ramón Santana, José Familias etc. para que se pronunciaran la misma prima noche del 27 de Febrero, como lo hicieron puntual y espléndidamente, se lo pasó Bobadilla a muchos conservadores de la Capital desde antes del 27 de Febrero. La resolutoria aportación que hizo Felipe Alfau de su Guardia Nacional sin menoscabo para el alzamiento, no fué providencia tomada de conformidad con sus antiguos compañeros de la Trinitaria, quienes miraban al *servidor de Riviere* con desconfianza y hasta de modo sañado, sino a título de *conservador*, y hasta de *afrancesado*, en cuyo complejo bando se había inscrito ya firme y definitivamente; émulo de Remigio del Castillo, el determinado y audaz higüeyano, firmante del Plan Levasseur, que vino a la ciudad de Mella y de los Puellos en compañía de los Regimientos 31 y 32 que hicieron también posible el 27 de Febrero. Y Tomás Bobadilla, José María Caminero, Francisco Javier Abreu, Julián, Felipe, Abad y Julián Alfau hijo (Abad se hallaba en Azua el 27 de Febrero, probablemente en diligencias de Bobadilla) y muchos otros conservadores que rodeaban a Bobadilla desde los días del *Manifiesto del 16 de Enero*, y que estaban comprometidos a obrar a la par de los duaristas en el día inaugural de la insurrección, que fué escogido en Febrero, tenían ya desde entonces deliberado, aprobado y votado que el hombre del 27 de Febrero en el Seibo, y por tanto, el *febrerista* de primera línea Pedro Santana, sería *el que mandara en jefe*, de



acuerdo con los deseos de éste, manifestados voluntariosamente a Juan Esteban Aybar en las boscosas riberas del Soco, y con los de sus patrocinadores, como *Oficial Superior de Operaciones del Ejército del Sur*, recomendado como apto para el cargo por su hermano Ramón; por José de la Merced Marcano, aguerrido militar de Venezuela, residente en el Seibo, y quien fué el maestro del agreste hinchero en el arte de la guerra; por Juan Esteban Aybar y Bello, y por muchos orientales más que adivinaban llenos de fe que el hijo del fiero troncador de Ferrand no desmerecería de su estirpe.

Tomás Bobadilla escribió el Manifiesto del 16 de Enero. Mella le puso su firma, después de la de Bobadilla, y con el grave documento todavía en forma de contrato bilateral, el próximo futuro Héroe del Trabucazo fué a recoger las firmas de Sánchez, Jimenes, Mercenario, y de los demás conjurados. En la gloriosa llegada a la Puerta del Conde, Bobadilla sólo precedió a Mella y a José Gertrudis Brea, que procedían de la Plaza de la Misericordia, oliendo a pólvora, nada más que por algunos segundos. En seguida se atropellaron por ocupar sus puestos de vanguardia Vicente Celestino Duarte, José Joaquín, Gabino y Eusebio Puello, Manuel Jimenes, Remigio del Castillo, Eduardo Abreu... y otros ciento, o ciento cincuenta más, tan resueltos como los precitados. Ya entrada la mañana le contestó al Gobernador Desgrotte, que inquiría cuáles eran los propósitos de los amotinados, lo que el Cónsul Saint-Denys llamó el *Comité Insurreccional*, y el Historiador García, *Junta gubernativa provisional*, grupo de encabezados en que está la firma de Sánchez, quien ya había llegado al Baluarte. A poco, en la misma mañana del 28, se acordó fundar la *Junta Central Gubernativa* definitiva (2), que dirigiría los negocios públicos hasta que se estableciese constitucionalmente el nuevo Estado. El primer Presidente de esa Junta fué el heroico y prestante Ramón Mella, debajo de cuya suprema autoridad capitularon las autoridades haitianas en la tarde del mismo día 28. Véanse en la obra *Correspondencia del Cónsul de Francia en Santo Domingo — 1844-1846, Edición y notas de E. Rodríguez Demorizi*, los Anexos 4 y 5: *Carta de la Junta Central*

(2) Dice Saint-Denys, en su carta a Guizot del 3 de marzo: "Los miembros del *Comité Revolucionario* que acababa de constituirse en *Junta Gubernativa* se apresuraron a dirigirse todos a mi casa, después de haberse puesto bajo la salvaguardia y la protección de mi enviado. Media hora antes de su llegada recibí del Gral. Desgrotte etc."



Gubernativa a Saint-Denys. Santo Domingo. 28 Febrero 1844 y Capitulación de la Autoridad Haitiana en Santo Domingo. 28 Febrero 1844. Y la nota, de la mano y pluma de Juan Pablo Duarte, que éste puso al margen del original de la Comunicación con que la *Junta Central Gubernativa* lo mandó buscar a su legendario y estratégico farallón de Curazao, endonde se hallaba, con sus esclarecidos compañeros Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez, igualmente solicitados en la mencionada comunicación, vigilantes y en espera... Escribió así Duarte: "Ramón Mella, Presidente de la Junta, permitió y abrió, a ruego de mi compañero de trabajos y peligros, abrir la carta para que también la firmara y firmase su nombre, nombre inmortal: Francisco del Rosario Sánchez". Después de la firma del Secretario de la Junta, S. Pujol, escribió Sánchez: "El Jefe de Operaciones militares interino *Fco. Sánchez*". Más abajo se lee: "Aunque está la oblea rompida fuimos nosotros mismos.— Mella y Sánchez". El Jefe de Operaciones Militares del efervescente y crítico 28 de Febrero de 1844 fué José Joaquín Puello. Y desde que Tomás Bobadilla regresó a la Capital, después de allanar varias dificultades y de promover algunos pronunciamientos en el interior de la Provincia, ocupó la Presidencia de la Junta hasta el 9 de junio, en que Duarte lo hizo substituir con Francisco Sánchez, nada idóneo para el caso. Esta elección enagenó a Duarte la amistad de Joaquín Puello, en circunstancias en que para contrarrestar al llamado León del Seibo se necesitaba otro nubiense, y ninguno más a propósito que el fogoso e iracundo compañero de Duarte en el 18 Brumario Dominicano, como denominó Saint-Denys al Motín del 9 de Junio de 1844, y quien fué un año después el irresistible ariete de Estrelleta, terror de Morisset, Toussaint y Telemaque. Dijéramos que ya Duarte se había resignado a perder la partida, y hasta a dejar que padeciera la mejor causa, con tal de no ser parte en la primera guerra fratricida que se empeñara en el para él sagrado suelo de la Patria.

Ramón Mella advirtió la imperiosa necesidad de aliarse con los conservadores para dar el Grito de Independencia; pero pensó equivocadamente que a pesar de esto, Duarte, "el hombre que desde muchos años estuvo constantemente consagrado al bien de la Patria, y por medio de sociedades adquiriendo prosélitos y pública-



mente regando las semillas de la separación, habiendo sido quien más contribuyó a formar ese espíritu de libertad e independencia en nuestro suelo”, y cuyo “nombre fué invocado inmediatamente después de los nombres de *Dios, Patria y Libertad*; siempre considerado el caudillo de la revolución”, como le dijo la Oficialidad del Ejército de Santo Domingo a la Junta Central Gubernativa, en su carta de 31 de mayo de 1844, seguiría rigiendo los destinos de un cuerpo social al cual él había despertado a la vida de la libertad, del honor y de la cultura. Pero el ingenuo, noble y soñador joven Ramón Mella no sospechó nunca que él había expuesto la suerte de su admiradísimo y muy amado Caudillo, y la de su meritorio partido tan hidalgamente generoso, al hacerles concesiones tan grandes a los viejos, prostituidos y taimados conservadores. Estos fueron los Acabes que se apoderaron de la espléndida viña del Nabot Duarte, que no quiso venderles porque la tenía en muy alto aprecio y sabía que ellos la pondrían acto continuo en pública subasta internacional, y se la darían . . . a cualquier postor por un plato de lentejas. Crimen de lesa Patria que cometieron después, el conservador Pedro Santana, en 1861, y el conservador Buenaventura Báez, en 1870.

Para evitar tan tremendas caídas Mella proclamó a Duarte en Santiago, Presidente de la República. Félix María Del Monte, con su elegante pluma, aplaude el trascendental acto de Mella, porque lo halla lleno de clara, firme y convincente razón. Leamos a Del Monte: “Sin embargo: una parte de éste (del país) quiso por gratitud elegirle como su primer magistrado. El hombre de la idea redentora, era muy capaz de haber dado dirección a la cosa pública. El llevaba en su mente aquella creación política, encarnación feliz de sus largos ensueños, y sólo él por aquel entonces hubiera podido imprimir a la Revolución de Febrero el sello de su magnífica concepción, e impedido sus primeros desvíos y sus posteriores claudicaciones”. Pero para haber salvado la República de los atroces azotes de los conservadores Santana y Báez, quienes la maltrataron, y la enfermaron, hasta darla por muerta en los fatales tumbos de sus dos altas traiciones, se hubieran necesitado dos cosas: ● que Duarte hubiera estado en el país cuando empezó la guerra propiamente dicha con el haitiano, o que Sánchez y Mella no se hubieran dejado tomar la delantera, y la primacía, por Santana e



Imbert, y hubieran sido aquellos los héroes dictatorios, después de los grandes triunfos de Azua y de Santiago, respectivamente. Espadas son triunfos, decía nuestro inolvidable tío político el poeta soldado Fabio Fiallo, y las de los duartistas Mella y Sánchez no estuvieron a la altura de las circunstancias en aquellos trascendentes momentos inaugurales de la historia militar del nuevo Estado.

El inmortal patricio y escritor santiagués Ulises Francisco Espailat pinta de manera interesante esas vitales y arduas luchas en los albores de la República, entre los bien doctrinados, patriotas, puros, firmes e integérrimos jóvenes duartistas, y los conservadores: viejos, viciados, transigentes, camaleónicos y faltos de fe en las posibilidades de su pueblo para alcanzar su absoluta e ideal redención. Espailat, que fué contemporáneo de Duarte, y que lo trató dos veces en su respetable e ilustre Santiago: en 1844 y en 1864, tributa merecidos y autorizados elogios a la nada común cultura del Libertador. Escribe el bien intencionado y filosófico don Ulises, en su artículo *La Fusión, la Situación y los Partidos*, el primero que encontramos en su edificativa y conocida obra *Escritos de Espailat*: “Amanece el 27 de Febrero, y nace la República Dominicana del cerebro y del corazón de un puñado de jóvenes inteligentes y patriotas.

.....

“Invade el haitiano, y en ambas fronteras es rechazado; y mientras que Ramón Mella se ocupaba en recomendar a Duarte para las próximas elecciones de presidente, Santana, vencedor, regresa a la Capital, que lo aclama (sic) Jefe Supremo. Con esto quedó la inteligencia suplantada por la fuerza material; o más bien la inteligencia de otros, utilizando el prestigio de las armas representado por Santana vencedor, *acoge la idea y sacrifica a sus autores*.

“No es mi ánimo condenar el hecho; me limito tan sólo a citar. por haber llegado a ser el punto de partida de la política que se ha venido siguiendo, sin interrupción, de entonces acá. Quizás los hombres que en esos momentos rodeaban a Santana, creyeron más útil al vencedor de Riviere, que al *teórico ilustrado*; al luchador práctico, que al *futuro legislador* etc.”

Pero transcribamos por fin el prometido interesante ensayo de Félix María Del Monte:



REFLEXIONES HISTORICAS

SOBRE SANTO DOMINGO (3)

Por los meses de Febrero o Marzo de 1837 (4) surgía en el Puerto del Ozama una goleta procedente de San-Thomas. Nada de extraordinario anunciaba en su porte: venía al parecer de cumplir uno de esos viajes de especulación que el hombre combina y al parecer dispone; y a nadie era dado sospechar que impelida por la Providencia acabase de conducir entre los objetos de especulación, un instrumento de sus eternas venganzas.

Minutos después saltó en tierra un pobre Sacerdote de estatura pequeña, de edad regular, ojo inquieto y centelleante, cara ovalada, color algo moreno y lleno de las marcas indelebles que deja la viruela brava en la epidermis de sus víctimas. El Sacerdote se dirigió a la casa del modesto y virtuoso prelado Dr. Tomás de Portes e Infante, entonces Vicario Apostólico. El Gobierno de Haití lo miró pasar sin curiosidad, sin interés, acaso con desdén... No se cuidó de preguntar quién era ni qué buscaba aquel hombre: tampoco inquirieron los Emperadores Romanos ni los grandes pontífices del politeísmo quién era aquel hijo del carpintero nacido en Nazaret que viajaba por la Judea...

Sin embargo: fuerza le fué a Pilatos y a la Sinagoga conocer al hijo del *hacedor de Yugos* cuando sintieron vacilar la tierra bajo su planta; preciso le fué a Haití conocer el nombre del antiguo monje del Orden de Agonizantes que llevó a su seno la agonía y la muer-

(3) Este interesante trabajo, inédito hasta ahora *in extenso*, fué escrito en el año 1852 (o tres o cuatro años más tarde, agregamos nosotros), cuando a Duarte lo tenían por muerto hasta los miembros de su propia familia.

(4) Del Monte, apoyándose en su memoria, dijo que el Pbro. Hernández llegó al país "por los meses de febrero o marzo de 1837". El Historiador García, que "a principios de 1838". Nosotros sólo agregamos a lo dicho por *don Félix* y por *El Viejo*, que hasta ahora, documentalmente, no podemos llevar la presencia del célebre monje de agonizantes entre nosotros más allá del *veintidos de julio* de 1839, día en que procedió, en la iglesia de San Carlos, al matrimonio de Bartolo o Bartolomé González con Juliana Reynoso. Esta partida de matrimonio la hallamos nosotros en el archivo de la iglesia de San Carlos, y se la cedimos a nuestro hermano Leonidas, quien habló de ella antes que nadie en su galardonado trabajo *Influencia de la Iglesia Católica en la Formación de la Nacionalidad y en la Creación de la República Dominicana — Primer Premio en el Concurso Celebrado en el Centenario de Meriño*. Enero - 1933.



te política con su idea generosa y reorganizadora que palpitaba en sus sienas.

Aquel pobre Sacerdote era el Presbítero Don Gaspar Hernández.

¡Venerable preceptor a quien debí mis primeras y más nobles aspiraciones, paz a tu inquieta sombra!...

La Patria que propendiste a fundar te niega una sepultura: tus alumnos desgraciados han expiado su patriotismo en los patíbulos unos, en los hospitales otros; los demás en el destierro; y no pueden, no han podido... ¡tú lo sabes! ni aún consagrarte un cenotafio. ¡Ellos mismos no encuentran en el mundo tierra que pisar libres de insulto!!!

¡Si fuera dado al hombre disipando la bruma de los tiempos despejar los horizontes del porvenir, alzar su velo diamantino, beber en la esencia del misterio los secretos de la Providencia!...

¡Pequeñez del hombre! ¡Miseria de su condición! ¡Todo para él es limitado! Y se jacta no obstante, del dominio absoluto de la creación que, o perdió completamente, o no conserva sino a medias desde la maldición del Paraíso: desde aquel momento fatal en que

Fué publicada íntegra, por primera vez, en nuestro trabajo *El Pensamiento de Duarte*. Véase *El Listín Diario*, del 27 de Febrero de 1935, Núm. 14.730, Año XLVI.

En carta que Casimiro N. de Moya escribió desde St. Tomas, con fecha 31 de diciembre de 1894, al Historiador García, le preguntaba: "¿En qué año abrió el Padre Gaspar sus cátedras de literatura y filosofía? — ¿Y en qué casa?" Y García le contestó: "El padre Gaspar vino en 1838. Encargado inmediatamente del curato de San Carlos fué en esa villa donde abrió sus clases. El padre Gaspar daba sus clases detrás del camarín, en un bohío que hacía esquina con la noria". Ya en 1842, año en que Duarte, según su hermana Rosa, "empezó a dar clases de filosofía en unión de sus copartidarios con el Dr. Gaspar Hernández", éste daba sus lecciones en la iglesia de *Regina* y sus anexidades. Dice Félix María Del Monte en sus *Reflexiones Históricas* etc.: "Allí se hablaba libremente en el retiro de los claustros de Regina (se refiere a las clases del padre Gaspar) sobre los derechos imprescriptibles del hombre etc.". E igualmente, en sus *Apuntes para la Historia de los Trinitarios*, José María Serra expresa: "Tanta solicitud en esta ocasión (la del terremoto del 7 de marzo de 1842), así como la que desplegara al abrir la clase de filosofía a la juventud estudiosa en la sacristía del convento de *Regina Angelorum*, consolidaron su popularidad" (la del padre Gaspar).



bajó de la alta escala de *Señor*, hasta la menguada condición de *Siervo*.

Apenas habían transcurrido siete años desde que el astuto y maquiavélico Gral. Gerónimo Maximiliano Borgellá por medio de un ardid, el más infame puso en manos del Yllmo. Señor Doctor Don Pedro Valera y Jiménez, Arzobispo Metropolitano de aquella Arquidiócesis ,el pasaporte y con él a una infinidad de Dominicanos ilustres los unos, llenos de esperanzas los demás, y ya comenzaban las venganzas previstas por la Providencia en sus eternos e inescrutables decretos. El destierro del sabio y virtuosísimo Dr. Don Juan Vicente Moscoso, de aquel Sócrates Dominicano, había dejado huérfana a la ciencia en aquel suelo; y como es una ley que en lo moral, intelectual y político la humanidad tienda a equilibrarse como buscan en el orden físico las aguas su nivel, la juventud estudiosa, ávida de saber, se había agrupado en derredor del pobre Sacerdote recién-llegado pidiéndole dispensase con su mano filantrópica el viático del hombre social.

Pocos días después las clases de Latinidad, Filosofía, Teología dogmática y moral estaban abiertas para todos aquellos que se hallasen dispuestos a cursarlas, y en ellas abierta la discusión: la dialéctica prestaba sus formas inflexibles para afirmar al entendimiento en sus creencias, sobre otras materias mucho más fructuosas y elevadas de la ciencia social. Allí se raciocinaba la historia universal comparándola con el estado del país; el contraste repugnante que presentaba la fiera romana y la inteligencia de la Grecia con la abyección de la antigua Española ,bosquejado hábilmente por aquel profesor liberal y patriota, despertaba en los alumnos el sentimiento de su abatimiento revelándoles al mismo tiempo el secreto de una fuerza latente que antes no habían podido descubrir. Allí se hablaba libremente en el retiro de los claustros de Regina sobre los derechos imprescriptibles del hombre, sobre el origen del poder en las Sociedades, sobre las formas de Gobierno, sobre la índole de las constituciones, sobre el sufragio de los pueblos, sobre el principio legítimo de la autoridad, sobre la soberanía de la razón. . .

Ya se discutían las instituciones de este o el otro pueblo, ya se enunciaban las causas de su preponderancia respectiva, ya en



fin los motivos de su sorprendente decadencia o absoluta nulidad. Aquella luz gradual comunicada hábilmente a unos jóvenes antes privados de la vista, pero rebosando en entusiasmo, dió el resultado que era de esperarse. Cesó súbitamente la petrificación de la Sociedad, y la discusión reemplazó desde luego al mutismo. Si no había libertad de imprenta, si no podía perpetuarse el pensamiento, había ya a lo menos aptitudes para pensar: las iniciaciones reemplazaban a los escritos y entonces principió la propiamente dicha Revolución; sí, la revolución, que no es otra cosa que la incubación de una idea sublime, regeneradora, buscando de cerebro en cerebro los grados del calor mental indispensable para su desarrollo, hasta el instante feliz en que, transformada en sentimiento popular, pasa a albergarse en corazones generosos y agita y arma el brazo vengador que en adelante debe combatir y triunfar en su nombre. . .

Diez y ocho jóvenes compusieron, por entonces, el Apostolado de la doctrina redentora. ¿Era el Sacerdote, su profesor el verdadero corifeo, o le arrastraron en su corriente impetuosa las ideas de sus alumnos? ¿Dió él aquel impulso, o lo recibió siendo sólo un instrumento ignorado de sí mismo? Era todo esto junto! . . . No es que el Pbro. Hernández se hubiese determinado deliberadamente a hacer una Revolución; sino que la preparó, que la dió el elemento que necesitaba para desencadenarse. En su ausencia dormitaba el patriotismo: la juventud, siempre generosa y entusiasta, pronta a correr al peligro y al sacrificio en las grandes crisis políticas, se entrega también a ese reposo mortal que infunden los placeres de una vida inerte y de abandono. Un silencio sepulcral dominaba a la Sociedad; callaba la historia, enmudecieron las tradiciones, nada tendía a calentar la imaginación con el fuego sagrado de la gloria y con el incentivo de los recuerdos. La Española, como una Odalisca del Harem, se dormía al arrullo de las fiestas del populacho, o al rumor del cantar de sus eunucos, y bebía, indolente la copa del narcótico funesto que provoca los sueños del deleite sensual tan fatídico para las Naciones. . . Aquel monje enseñó a raciocinar la historia, el deseo de libertad, la actividad del pensamiento fueron los reactivos poderosos que disiparon el pesado sueño de la servidumbre. Las catástrofes de Lucrecia y de Virginia al punto recordaron el cobarde asesinato de las Vírgenes de Galindo y no debieron faltar



Brutos y Catones en la patria de Barón. de Juan Sánchez y Marcos Torres!

Para corroborar el aserto de que el monje daba y recibía el impulso, por una acción y reacción moral misteriosa, pondremos al lector al corriente de lo que pasaba antes y después de su llegada a Santo Domingo. Había un joven nombrado Dn. Juan Pablo Duarte y Diez, hijo de un peninsular cuyas delicias formaba. Dotado de un espíritu indagador y filosófico el joven Duarte manifestó desde temprano las grandes dotes intelectuales que había merecido a la Naturaleza.

No habiendo podido formarse en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino por falta de edad, pasó a estudiar con uno de los profesores de aquella antigua Sorbona Americana, con el sapientísimo Dr. Moscoso, y ya por los años de 1827 ó 28 concluía las asignaturas de Filosofía y entraba a estudiar el Derecho Romano (5). Víctima Moscoso de una celada del General Borge-llá y deportado en 1830 con el Iltmo. Sor. Valera y un crecido número de individuos, el joven Duarte vió malograrse en un instante sus más risueñas esperanzas y destruídas las ilusiones que había formado sobre sus adelantos. Más de 125 jóvenes de todas edades sufrieron el mismo desencanto, y todos ellos a excepción de uno que otro marcharon al destierro con su virtuoso Profesor, que retirado a Santiago de Cuba continuó su magisterio hasta su muerte acaecida en 1836 ó 38.

Un instinto secreto llamaba a nuestro estudiante hacia Europa y una voz también secreta al par que profética le decía que no eran la aridez del Derecho Romano ni las contradictorias discusiones de una legislación bárbara y vetusta el círculo estrecho en que debía encerrarse su vasta inteligencia. Amigo del hombre, idólatra de sus imprescriptibles derechos, dotado de un alma de héroe y de mártir su vocación le llamaba al estudio de las ciencias sociales. En

(5) La precocidad de Duarte fué notable para todos. Su hermana Rosa, en sus *Apuntes para la Historia de Santo Domingo, y para la Biografía del General Dominicano Juan Pablo Duarte y Diez*, consigna que "a la edad de seis años sabía leer y de memoria recitaba todo el Catecismo", y agrega: "Hablando el Pbro. Dr. José Antonio Bonilla sobre la facilidad que tenía Duarte para aprenderlo todo, el Pbro. Gutiérrez le contestó: "Duarte posee un talento natural; si hubiera nacido en Europa a esta edad sería un sabio".



vez de gastarse en un estrado debía tronar en la Tribuna política, en vez de defender rencillas o miserias particulares debía abogar por los grandes intereses de la humanidad: en vez de tener tres o cinco Magistrados por espectadores debía perorar ante pueblos oprimidos, en vez de dinero y los aplausos debía obtener sarcasmo, maldiciones, ingratitud, y el Gólgota que la desgraciada especie humana destina siempre a sus libertadores (6). Apenas hubo zarpado de la rada del Ozama el buque que parecía llevarse la última esperanza de la Antigua Española, cuando ya nuestro joven preparaba su viaje a la Península. Allí permaneció largos años, visitó la Francia y la Inglaterra, estudió prácticamente en el gran libro del Mundo, miró funcionar de cerca cada una de las ruedas de la máquina política de tres estados esencialmente distintos. En Inglaterra observó cuánto influye en su manera de ser política y social la combinación estupenda de aquellas instituciones especiales del gran pueblo, y que a semejanza de las moles del desierto, siguen en su primitiva solidez desafiando a los vientos del desierto y a la corriente corrosiva de los siglos. En aquella antítesis humana, mezcla confusa de miseria y de opulencia, de recuerdos feudales y de excentralización administrativa, de aristocracia y popularidad de leyes sangrientas y brutales y de garantías sin cuento protegidas por el Magistrado, que es su árbitro y moderador: en aquella Babilonia, en aquella Babel aparente contempló de pies erguido y feliz, con su fisonomía peculiar, tosco a veces, pero definido y siempre digno... al hombre, al insular orgulloso... al Inglés!!!

—*—

En vano buscó nuestro estudiante al ser libre fuera de la Gran Bretaña. Vió sin comprenderle o mejor dicho comprendió con la desesperante convicción de que no podía realizarse en otra parte, la combinación feliz de un gobierno conservador colocado entre las

(6) El meritísimo Pbro. Dr. Manuel González Regalado y Muñoz, gloria como Duarte de la legendaria calle capitaleña de *El Caño*, en su sector de Santa Bárbara; eminente por su ilustración, patriotismo y piedad; el atildado y célebre panegirista del Arzobispo Dr. Pedro Valera y Jiménez, en junio de 1833 y en la iglesia de Puerto Plata, llamó once años después, el 11 de julio de 1844, a Juan Pablo Duarte, y desde la cátedra sagrada de aquel mismo templo, "el más sano de corazón y devoto de pensamiento de los libertadores de América". Véase el artículo *Duarte en Puerto Plata*, de Felipe González López, en su libro *Leyendas y Tradiciones Puertoplateñas*.



exigencias populares y las demasías del Trono: vió en el Monarca una divinidad importante para el mal y apto, empero, para dispensar con larga mano todo el bien que le plugiere: asistió a las célebres sesiones del Parlamento donde recordó al Senado Romano cuando, merecía el dictado magnífico de *Congreso de Reyes*; asistió a las sesiones criminales y experimentó más de una vez el júbilo de ver con asombro aquel jurado que vanamente ensayaron a trasplantar otras naciones en cuyo suelo no es más que planta exótica y raquíca. Oyó hablar de aquella célebre deuda nacional en que se pierde el cálculo y vió a aquel mismo Estado monopolizador de las industrias, dueño del oro del mundo, cruzando todos los mares, influyendo en todas las zonas, interviniendo en todas las cuestiones, invernando en todos los puertos y siendo acreedora ya moderada o exigente de todos los pueblos, cualidad que explota a su provecho en los casos perentorios. Su genio filosófico y un tanto concentrado se avino mucho con aquel carácter severo pero eminentemente nacional del Bretón y aún cuando la civilización francesa, los encantos de París, la ciudad de los placeres tendiesen a modificar sus impresiones, es seguro que siempre dominaron en su ánimo aquellas otras.

En el pueblo francés estudió el eclecticismo social: la ligereza de carácter, la sed de aventuras, el puntillo del honor rayando en susceptibilidad, la idolatría por la igualdad que constituye la primera ambición gálica, aquella ansia de gloria militar que hace del francés un sonámbulo, capaz de dormir en las cadenas de la opresión si se le decora de laureles el reducido lecho.

En Londres había visto 3,000 municipales que llevaban dignamente las exigencias de la policía en una ciudad compuesta de cerca de 3,000,000 de almas, en tanto que en París cotemplaba un ejército colosal demasiado inquieto y voluble, imponiéndose a las masas tan inquietas y volubles como él mismo. En Londres le asordaban los rumores del comercio y de la industria fabril; en Francia el ruido de las discusiones y a veces el de los motines.

Mucho fijó la atención de este joven (7) la habilidad profunda

(7) Don Félix Del Monte, autor de la monografía que trasladamos, dijo en su discurso del 27 de Febrero de 1884, día de la Apoteosis del Libertador:

de una Nación que remedando a Dios en la tierra, parece haber mucho depender su existencia y conservación, de las leyes mismas de equilibrio y simpatía con que él conserva tantos mundos. En efecto: el Parlamento que impone al pueblo y al Trono no se desborda jamás: sabe que puede derribar al solio de San Jorge, pero no lo hará nunca: él ha menester de ese Trono y de ese pueblo a un tiempo mismo para ser lo que es. . . El pueblo, ensayando su fuerza, derribaría al uno y al otro; pero ante todo es inglés; ve en la existencia de la nación, en su preponderancia marítima, en su fuerza colosal la perpetuación del Reino Unido, y a ese porvenir nacional sacrifica su presente de individuo. El Monarca se desvive por que no falten las materias primeras que alimenten la colosal industria fabril de su Reino, ocupando centenares de miles de brazos, paga los intereses de una deuda que no le conviene extinguir, y hace girar dóciles, pero dignamente a su alrededor a la grandeza del Parlamento y la pujante fuerza de sus masas populares, satisfechas éstas con la conciencia de que una violación cometida contra el último de ellos en cualquier ámbito del globo llevará allí todas las escuadras británicas en alas del vapor y sería el origen de grandes indemnizaciones o de una guerra inevitable.

En España había visto una nación sin unidad de idioma, de usos, costumbres y legislación: aquella desmembración histórica malamente incrustada a un todo más bien que reconstituída por la política, posee únicamente un punto de asimilación. . . iba a decir que la religión, pero no quiero hacer injuria al dogma católico, diré mejor el fanatismo y la intolerancia. En la patria clásica de la inquisición nuestro joven viajero sintió que le asfixiaban las cenizas que el verdugo había olvidado de aventar a tiempo. Y en efecto: ¿qué género de mérito no ha sido conseguido en España, ni cuándo ha aparecido en aquella región condenada al atraso un albor de progreso sin que se hayan presentado de consuno heridos por la electricidad los conscriptos del despotismo, las falanges democráticas, pronunciando su anatema, indignos ministros de un Dios de progreso, la Santa Hermandad, el Santo Oficio, el poder del sable, la confiscación de bienes, el padrón de infamia y los verdugos?

"Conocí demasiado a ese adalid de la libertad dominicana. Fué uno de mis más íntimos amigos, mi condiscípulo, mi compañero en la Trinitaria, en la Sociedad Filantrópica; en el hecho de armas de la plaza de la Catedral el 24 de marzo del 43".



No sin rubor y un tanto pesaroso estudió el joven Duarte (8) estos terribles contrastes, que no poco deslumbraban la patria de sus abuelos. Una experiencia dolorosa venía a persuadirle que aquellas tres naciones, aún constituidas, figuraban en el espacio político europeo tres círculos concéntricos de los cuales el máximo es Albión, el medio Francia y el mínimo España...; en el primero el asociado es ciudadano en la latitud de la expresión; en el segundo es hombre, en el tercero eunuco: el primer pueblo se mueve siempre por un principio; el segundo por una idea, a veces utópica, pero deslumbradora, el tercero por sostener la decrepitud de una preocupación.

—*—

De vuelta a Santo Domingo, su país natal, nuestro joven sentía bullir en su mente las ideas políticas y sociales que analizaba en el silencio de su gabinete. Investigaba las causas que pudieran influir en que la Sultana de Occidente se convirtiera en guarida de cuervos, y haciendo responsable a la España por la política viciosa empleada en la conquista, halló en primer lugar que la ignorancia y la abyección eran hermanas. Deseando viva, profunda, intensamente la libertad de su Patria, deseó con ansia la ilustración de la juventud.

Dedicose a formar la mente y el corazón de sus amigos: y cuidó de infiltrar en ellos con el odio a la tiranía aquel desprecio por los placeres voluptuosos que adormecen a esa edad peligrosa; trató de formarles para la lucha de la vida moral y física que debía agradarles en el porvenir y cuando hacía esto el presbítero Hernández y él se encontraron de frente y obraron de consuno. Desde entonces se abrieron las clases, desde entonces se trabajó con fe y entusiasmo en la grande obra de la regeneración del pueblo.

Una sociedad patriótica, sin nombre y sin reglamentos, cuyo objeto único consistía en iniciar prosélitos sin consignación de nombres y cuidando de no revelar jamás el del *Caudillo*, empezó desde luego a funcionar con la más asombrosa actividad; imitación exacta

(8) Fíjese el lector en que la frase, correspondiente a esta llamada, está constituida por un endecasílabo y un heptasílabo, cosa propia de la prosa de los poetas.



de la célebre conspiración de los “Soles de América” estaba materializada por un círculo cuyo centro ocupaba el Corifeo. El nombre de éste, conocido únicamente por los iniciadores principales, no podía ser descubierto a los otros. Tenía de especialísimo este modo de proceder el que los que daban principio a las iniciaciones estando aislada y misteriosamente en inmediata relación con el centro, no conocían a los otros, ni podían conocer tampoco a los que por iniciaciones sucesivas debían ensanchar sus radios desde el centro a la circunferencia. El centro comunicaba privadamente con los primeros iniciadores: éstos sólo conocían a dos de sus iniciados; y aquellos dos no conocían respectivamente más que a los dos que iniciaban a su vez, de entre sus parientes o amigos íntimos y cuyos sentimientos conocían profundamente. De este modo se precavía el caso no probable de una denuncia y se designaba una sola víctima; pues dos hombres viles no podían convencer de conspiración a otro que a su iniciador, continuando así la ocupación del radio sin solución de continuidad sensible, sin remoto peligro de disolución. Luego que las iniciaciones se efectuaron en toda la parte Española, se comprendió la necesidad de comunicar a las masas cierto aliento, cierto entusiasmo preparatorio que es necesario para que la idea sea acogida por la multitud.

Entonces se resolvió crear una Sociedad Dramática de aficionados que bajo el pretexto de dar funciones, presentara a los socios el derecho de reunirse. El Gobierno Haitiano, no viendo en aquella asociación más que una especie de puerilidad, acordó su permiso no sin hacer comparecer a veces a un coronel jefe del Parque de Artillería nombrado Santillana, el cual testigo de las discusiones a que daba lugar la censura de esta o aquella pieza dramática, el orden de las decoraciones, su mayor o menor espectáculo etc. aseguró al gobierno, no sólo que era una cosa de muchachos, “sino que era útil que los jóvenes haitianos imitaran a los dominicanos”...

Aquella opinión favoreció prodigiosamente los proyectos de los patriotas y mientras que los jóvenes haitianos declamaban mal una pieza de Racine, aquellos hacían estremecer al público rugiendo con entusiasmo frenético a “Bruto o Roma Libre”, la “Viuda de Padilla”, un “Día del Año 23 en Cádiz”, etc.



Al final de esta última, un Ayuda de Campo del Capitán General de Santo Domingo, se presentó de orden superior al director de la Sociedad intimándole la exhibición de la pieza dramática, a fin de cerciorarse si estaba consignado en ella un concepto terrible que el público aplaudió e hizo repetir, y era el siguiente: “Cuando me piden pan y me lo piden en francés, a pesar de mi natural sensibilidad, se me quita la voluntad de darlo”. ¡Ya había pueblo y a guisa de poder se colocaba frente a frente de la autoridad!
Santo Domingo año de 1852.

